

# ¿Es locura liberar a los galeotes?

“Don Quijote alzó los ojos y vio que por el camino que llevaba venían unos doce hombres a pie, ensartados como cuentas en una gran cadena de hierro por los cuellos, y todos con esposas en las manos; venían también con ellos dos hombres a caballo y dos a pie: los de a caballo, con escopetas de rueda, y los de a pie con lanzones y espadas. Al verlos, dijo Sancho Panza:

- Esa es cadena de galeotes, gente forzada del rey, que va a las galeras.

- ¿Cómo gente forzada? -preguntó Don Quijote-. ¿Es posible que el rey fuerce a ninguna gente?

- No digo eso, sino que es gente que por sus delitos va condenada a servir a la fuerza al rey en las galeras.

- O sea, que según eso esta gente, aunque los llevan, van a la fuerza, y no por su voluntad -dijo Don Quijote.

- Así es.

- Pues, de esa manera, aquí encaja la ejecución de mi oficio: desfacer fuerzas y socorrer y acudir a los menesterosos.

- Advierta vuestra merced -dijo Sancho- que la justicia, que es el mismo rey, no hace fuerza ni agravio a semejante gente, sino que los castiga en pena de delitos.

Llegó en esto la cadena de los galeotes, y don Quijote con muy corteses palabras pidió a los que iban en su guarda tuviesen a bien informarle y decirle la causa o causas por las que llevaban a aquella gente de aquella manera.

Uno de los guardias de a caballo respondió que eran galeotes de gente de Su Majestad, que iban a galeras, y que no había más que decir ni él tenía más que saber.

-Con todo -replicó don Quijote-, querría saber de cada uno de ellos en particular la causa de su desgracia.

Añadió a éstas otras tales y tan comedidas razones para moverlos a que lo dijese lo que deseaba, que el otro guardia de a caballo le dijo:

- Aunque llevamos aquí el registro y el certificado de las sentencias de cada uno de estos malaventurados, no es tiempo este de detenernos en sacarlas y leerlas: acérquese vuestra merced y pregúntaselo a ellos mismo, que ellos lo dirán si quieren, que sí querrán, porque es gente que recibe gusto de hacer y decir bellaquerías.

Con esta licencia que don Quijote se hubiera tomado aunque no se la dieran, se llegó a la cadena, y al primero le preguntó que por qué pecados iba de tan mala guisa. Él le respondió que iba de aquella manera por estar enamorado.

-¿Por eso no más? -replicó don Quijote - Pues si por enamorados echan a galeras, hace tiempo que podría yo estar bogando en ellas.

- No son esos amores como los que vuestra merced piensa -dijo el galeote-, que los míos fueron que quise tanto a una canasta de colada atestada de ropa blanca, que la abracé tan fuertemente que de no quitármela la justicia a la fuerza, ni aún ahora la hubiera dejado por mi voluntad. Fue in fraganti, no hizo falta torcimiento: se concluyó la causa, me acomodaron las espaldas con cien azotes, y tres años en gurapas de propina, y se acabó la función.

- ¿Qué son gurapas? - preguntó don Quijote.

- Gurapas son las galeras- respondió el galeote.

Era este un mozo de veinticuatro años, y dijo que era natural de Piedrahita. Lo mismo preguntó don Quijote al segundo, que no respondió palabra, según iba de triste y melancólico, pero respondió por él el primero y dijo.

- Este señor va por canario, digo, por músico y cantor.

- ¿Pues cómo?-replicó don Quijote-. ¿Por músicos y cantores también van a galeras?

- Sí, señor, que no hay peor cosa que cantar en el ansia.

- Más bien he oído decir que quien canta su mal espanta.

- Acá es más bien al revés, que quien canta una vez llora toda la vida.

- No lo entiendo -dijo don Quijote.

Pero uno de los guardias le dijo:

- Señor caballero, cantar en el ansia se dice entre esta gente non santa a confesar en el tormento. A este pecador le dieron tormento y confesó su delito, que era ser cuatrero, que es ser ladrón de bestias, y por haber confesado lo condenaron a seis años de galeras, amén de doscientos azotes que ya lleva en las espaldas; y va siempre pensativo y triste porque los demás ladrones que allá quedan y aquí van lo maltratan y humillan y escarnecen y tienen en poco, porque confesó y no tuvo valor para decir nones. Porque dicen ellos que tantas letras tiene un no como un sí, y que harta ventura tiene un delincuente cuya vida o muerte está en su lengua, y no en la de los testigos y probanzas; y para mí tengo que no van muy descaminados.

- Y yo lo entiendo así- replicó don Quijote.

Pasando al tercero, preguntó a aquel lo que a los otros, y ese de inmediato y con mucho desenfado respondió, y dijo:

- Yo voy por cinco años a las señoras gurapas por faltarme diez ducados.

- Yo daría veinte de muy buena gana -dijo don Quijote- por libraros de esa pesadumbre.

- Eso es como quien tiene dineros en medio del mar y se está muriendo de hambre, sin tener donde comprar lo que ha menester. Lo digo porque si hubiera tenido yo a tiempo esos veinte ducados que vuestra merced me ofrece ahora, hubiera untado con ellos la pluma del escribano y avivado el ingenio del procurador, de manera que hoy me vería en mitad de la plaza de Zocodover de Toledo, y no en este camino, atraillado como galgo; pero Dios es grande: paciencia y basta.

(...)

- De todo cuanto me habéis dicho, hermanos carísimos, he sacado en limpio que, aunque os han castigado por vuestras culpas, las penas que vais a padecer no os dan mucho gusto y que vais a ellas muy de mala gana y muy en contra de vuestra voluntad, y que podría ser que el poco ánimo que aquel tuvo en el tormento, la falta de dineros de este, el poco favor del otro, en fin, el torcido juicio del juez, hubiesen sido causa de vuestra perdición y de no haber salido con la justicia que teníais de vuestra parte. Todo lo cual se me representa a mí ahora en la memoria, de manera que me está diciendo, persuadiendo y aun forzando a que muestre con vosotros la razón por la que el cielo me arrojó al mundo y me hizo profesora en él la orden de caballería que profeso, y el voto que en ella hice de favorecer a los menesterosos y oprimidos por los poderosos. Pero, porque sé que una de las cualidades de la prudencia es que lo que se puede hacer por las buenas no se haga por las malas, quiero rogar a estos señores guardianes y comisario tengan a bien desataros y dejaros ir en paz,

que no faltarán otros que sirvan al rey en mejores ocasiones, porque me parece dura cosa hacer esclavos a los que Dios y la naturaleza hizo libres. Cuanto más, señores guardias -añadió don Quijote-, que esos pobres no han cometido nada contra vosotros. ¡Allá se lo haya cada uno con su pecado! Dios hay en el cielo que no se descuida de castigar al malo ni de premiar al bueno, y no está bien que los hombres honrados sean verdugos de otros hombres, no yéndoles nada en ello. Pido esto con mansedumbre y sosiego, por tener, si lo cumplís, algo que agradeceros; y si no lo hacéis de buena gana esta lanza y esta espada, con el valor de mi brazo, harán que lo hagáis a la fuerza.

-¡Donosa majadería!- respondió el comisario-. ¡Bueno está el donaire con que sale este ahora! Quiere que le dejemos los forzados del rey, como si tuviéramos autoridad para soltarlos, o él tuviera para mandárnoslo! Siga vuestra merced en buena hora su camino, señor, y enderécese ese bacín que trae en la cabeza y no ande buscando tres pies al gato.

-¡Vos sois el gato, la rata y el bellaco!- respondió Don Quijote.

Y, diciendo y haciendo, le arremetió tan presto, que sin que tuviese tiempo de ponerse en guardia, dio con él en el suelo malherido de una lanzada; y fue una suerte para don Quijote, porque este era el de la escopeta. Los demás guardias quedaron atónitos y suspensos del no esperado acontecimiento pero, volviendo en sí, echaron mano a sus espadas los de a caballo, y los de a pie sus lanzones y arremetieron a don Quijote, que con mucho sosiego los aguardaba. Y lo habría pasado mal sin duda, si los galeotes, viendo la ocasión que se les ofrecía de alcanzar la libertad, no la hubiesen procurado, rompiendo la cadena donde venían ensartados. Fue la revuelta de tal manera, que los guardias, ya por acudir a los galeotes que se desataban, ya por acometer a don Quijote que los acometía, no hicieron cosa que fuera de provecho.

Ayudó Sancho por su parte a soltar a Ginés de Pasamonte, que fue el primero que saltó en la campiña libre y desembarazado, y arremetiendo este al comisario caído, le quitó la espada y la escopeta, con la cual, apuntando a uno y señalando al otro sin llegar a dispararla, no quedó guardia en todo el campo, porque salieron huyendo, tanto de la escopeta de Pasamonte, como de las pedradas que les tiraban los ya sueltos galeotes.

-Eso está muy bien-dijo don Quijote-, pero yo sé lo que ahora conviene que se haga.

Y llamando a todos los galeotes, que andaban alborotados y habían despojado al comisario hasta dejarlo en cueros, se le pusieron todos a la redonda para ver lo que les mandaba, y así les dijo:

- De gente bien nacida es agradecer los beneficios que reciben, y uno de los pecados que más ofende a Dios es la ingratitud. Lo digo porque ya habéis visto, señores, con manifiesta experiencia, el que habéis recibido de mí; en pago del cual querría y es mi voluntad que, cargados con esa cadena que quite de vuestros cuellos, os pongais inmediatamente en camino y vayáis a la ciudad de Toboso y allí os presentéis a la señora Dulcinea del Toboso y le digáis que su caballero, el de la Triste Figura, le ruega que lo recuerde, y le contéis punto por punto todos los que ha tenido esta famosa aventura hasta ponerlos en la deseada libertad; y hecho esto, os podréis ir donde queráis, a la buena ventura.

Respondió por todos Ginés de Pasamonte y dijo:

- Lo que vuestra merced nos manda, señor y libertador nuestro, es imposible de toda imposibilidad cumplirlo, porque no podemos ir juntos por los caminos, sino solos y divididos, y cada uno por su parte, procurando meterse en las entrañas de la tierra para no ser hallados por la Santa Hermandad, que sin duda alguna va a salir en nuestra busca. Lo que

vuestra merced puede hacer y es justo que haga es mudar ese servicio y tributo de la señora Dulcinea del Toboso en alguna cantidad de avemarías y credos, que nosotros diremos por la intención de vuestra merced, y esta es cosa que se podrá cumplir de noche y de día, huyendo o reposando, en paz o en guerra; pero pensar que hemos de volver ahora a las olas de Egipto, dijo, a tomar nuestra cadena y a ponernos en camino del Toboso, es pensar que ahora, que no son aún las diez de la mañana, es de noche, y pedirnos eso es como pedir peras al olmo.

-¡Pues voto a tal!-dijo don Quijote, ya puesto en cólera-, don hijo de punta, don Ginesillo de Paropillo, o como os llaméis, que habéis de ir vos solo, rabo entre piernas, con toda la cadena a cuestras!

Pasamonte que no era bien sufrido , habiéndose dado cuenta de que don Quijote no estaba muy cuerdo, pues había acometido el disparate de querer darles libertad, y viéndose tratar de aquella manera, guiñó el ojo a los compañeros, y apartándose aparte, comenzaron a llover tantas piedras sobre don Quijote que no daba abasto a cubrirse con la rodela; y el pobre de Rocinante no hacía más caso de la espuela que si estuviese hecho de bronce. Sancho se puso tras su asno y con él se defendía de la nube y pedrisco que llovía sobre ambos. No se pudo escudar tan bien don Quijote como para que no le acertasen no sé cuántos guijarros en el cuerpo, y con tanta fuerza, que dieron con él en el suelo;y apenas hubo caído, cuando fue sobre él el estudiante y le quitó la bacía de la cabeza y le dio con ella tres o cuatro golpes en las espaldas y otros tantos en la tierra, con lo que la hizo pedazos. Le quitaron una ropilla que traía sobre la cota, y las medias le querían quitar, si las polainas no lo hubieran estorbado. A Sancho le quitaron el gabán y le dejaron solo con la camisa, y repartiéndose los demás despojos de la batalla, se fueron cada uno por su parte, con más cuidado de escaparse de la Hermandad que tenían que de cargar con la cade e ir a presentarse ante la señora Dulcinea del Toboso.

Solos quedaron jumento y Rocinante, Sancho y don Quijote. El jumento cabizbajo y pensativo, sacudiendo de cuando en cuando las orejas , pensando que aún no había cesado la borrasca de piedras que le perseguían los oídos, Rocinante, tendido junto a su amo porque también vino al suelo de otra pedrada; Sancho, en mangas de camisa y temeroso de la Santa Hermandad, y don Quijote, indignadísimo de verse tan malparado por los mismos a quién tanto bien había hecho.“

Don Quijote de la Mancha, parte 1ª, capítulo XXII (Versión íntegra y fiel al castellano actual de Andrés Trapiello. Ed. Destino

1. ¿La liberación de los galeotes por don Quijote es producto de su locura? Expón las distintas respuestas que pueda tener esta pregunta.
2. ¿Con qué argumentos se puede apoyar que la liberación de los galeotes por parte de don Quijote es moralmente justa y por lo tanto está justificada? ¿Qué valores morales defiende?
3. ¿Con qué argumentos se puede apoyar que la liberación de los galeotes por parte de don Quijote es solo producto de su locura de creerse un caballero andante? ¿Con qué valores morales se defiende esta posición?
4. Expón detalladamente tu solución a la pregunta planteada en el título.